



Después de los dos primeros domingos de Cuaresma, que siempre conmemoran las tentaciones de Jesús en el desierto y su transfiguración en la montaña, la Iglesia nos lleva por un itinerario diferente en cada uno de los tres ciclos litúrgicos.

Este año (ciclo C), siguiendo el Evangelio de Lucas, el tema dominante en los pasajes evangélicos es el de la misericordia-conversión, un camino que estamos llamados a renovar especialmente en este tiempo de preparación para la Pascua.

La página de Lucas 13,1-9 contiene dos mensajes: el primero sobre la conversión y el segundo sobre la misericordia de Dios.

1. Los casos de la masacre patrocinada por Pilato y del accidente de Siloé (13,1-5)

A los oyentes de Jesús les llegó un reportaje acerca de una masacre que tuvo lugar con un grupo de galileos: mientras se ofrecían sacrificios para pedir ayuda y protección a Dios, los soldados del gobernador Pilato llevaron a cabo una masacre, mezclando la sangre de las víctimas ofrecidas con la de los oferentes (13,1).

Al lado de los relatos de muerte, siempre vienen las grandes preguntas.

La mentalidad de la época consideraba cada desgracia acaecida como el castigo por un pecado cometido. De hecho, dice: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque han padecido todo ésto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera» (13,2-3).

Jesús les responde desde el nivel de la fe y del conocimiento de Dios. Es como si dijera: «¿Vosotros pensáis que el pecado cometido por una persona desencadena automáticamente el castigo de Dios? Pues no, no es así. ¡No, porque así le dais a Dios un rostro perverso!».

Jesús sabe que todo ser humano está profundamente habitado por un sentimiento ancestral de culpa, que surge de manera abrumadora cada vez que ocurre una desgracia o cuando aparece la fuerza del mal.

Cuando nos llega una enfermedad, cuando nos sucede un hecho doloroso, inmediatamente nos hacemos la pregunta: "Pero, ¿qué he hecho mal para merecer esto?".

Jesús quiere destruir esta imagen del Dios que castiga, tan querida por los religiosos de todos los tiempos, tanto en Israel como en la Iglesia.

Para explicarlo, él mismo menciona otra noticia, una mala noticia.

Esta vez se trata de un hecho que es fruto, no de la violencia o de la responsabilidad humana, sino de la casualidad. El caso es un accidente.

Y la acompaña con el mismo comentario: «O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera» (13,4-5).

2. ¿A qué discernimiento nos lleva Jesús?

Con su manera de afrontar estas historias, Jesús, en primer lugar, nos enseña a tener una visión diferente de la vida: toda vida es precaria, se contradice con la violencia, con el mal, con la muerte.

Detrás de estos acontecimientos **no debemos ver a Dios como castigador y juez**, porque Dios finalmente podrá hacerlo sólo en el juicio final, cuando hayamos pasado por la muerte.

Lo que nos corresponde hacer es discernir nuestras fragilidades, nuestros inevitables errores, la precariedad de la vida.

Nadie es lo suficientemente pecador para merecer tales desgracias enviadas por Dios, quien no es un espía que espera ver nuestro pecado para castigarnos. Sin embargo, eso sí, entre el pecado cometido y la responsabilidad en la culpa existe una relación que se manifestará en el juicio final.

Las preguntas que hace Jesús llevan a discernir la imagen de Dios. ¿Cuál fue la culpa de aquellos dieciocho muertos por la caída de la torre de Siloé? ¿Es Dios quien envía el terremoto? Para castigar a alguien, ¿Dios destruye una ciudad?

Jesús toma la defensa de Dios y de los muertos: **la mano de Dios no produce la muerte**; el eje alrededor del cual gira la historia no es el pecado.

Los que sufren se preguntan: ¿qué he hecho mal para merecer este castigo? Jesús responde: nada, no has hecho nada. **Dios es amor** y el amor no conoce otro castigo que castigarse a sí mismo. Deja de pensar que la existencia se desarrolla en un tribunal, **Dios no desperdicia su eternidad en la condena, ni en la venganza**.

La gente le había preguntado a Jesús acerca de las noticias; Jesús les ha agregado otra. En última instancia la respuesta de Jesús es una **invitación para que cada uno se revise por dentro**: “Si no os convertís, todos pereceréis” (13,3-5). El problema no es Dios, somos nosotros.

Tengámoslo claro: más allá de la muerte biológica del cuerpo, que siempre nos puede sorprender, hay otra pérdida, eterna, causada por el mal que elegimos hacer en nuestra vida.

Jesús, como profeta, por lo tanto, no proporciona una explicación teológica del mal, sino que invita a la conversión.

No olvidemos los significados de la palabra “conversión”.

Según el Antiguo Testamento, **“convertir” significa “volver”,** es decir, **volver al Señor**, volver a la ley quebrantada, renovar el pacto con Dios.

El camino requerido tiene que ver con la mente y la acción, y se recorre como arrepentimiento/penitencia en el tiempo presente, el último espacio antes del juicio.

Jesús es profeta y, como tal, sabe que los humanos son pecadores, cometen el mal; por eso les pide que se tomen en serio la buena noticia del Evangelio y que acojan la misericordia de Dios que sale a su encuentro ofreciéndoles el perdón.

Si el hombre no cambia, si no toma otros caminos, si no se convierte en constructor de paz y de justicia, esta tierra se arruinará, porque está cimentada sobre la arena de la violencia y la injusticia.

3. La parábola de la higuera estéril (13,6-9)

Y para que sus oyentes comprendan la novedad que trae el Evangelio, Jesús les cuenta una hermosa parábola.

Un hombre plantó con dificultad una higuera en su propio viñedo y con mucha confianza vuelve cada verano para buscar sus frutos. Pero resulta que no los encuentra, porque ese árbol parece estéril.

Impulsado por esta decepción repetida tres años seguidos, se le ocurre entonces cortar la higuera, para plantar otra.

Entonces llama al labrador que se ocupa de su viña y le cuenta su frustración, diciéndole que corte el árbol. Su lógica es: ¿por qué este árbol improductivo tendría que seguir agotando inútilmente la tierra y robarle el alimento de otras plantas?

Todos podemos entender esta decisión del dueño de la viña, ya que está inspirada en nuestro concepto de justicia retributiva: se le paga a cada quien en proporción al fruto que da.

Pero resulta también que el agricultor, el viñador que trabaja esa tierra, ama lo que plantó, deshierbó, regó y fertilizó.

El amor de este viñador por la higuera es realmente extraordinario: tiene paciencia, sabe esperar, le dedica su tiempo y trabajo.

Todavía más: le promete al propietario cuidar especialmente de ese árbol infeliz. En cualquier caso, no lo cortará él, sino que dejará que el patrón lo corte si quiere: "¡Tú lo cortarás, no yo!".

Este "lo cortarás" contiene el lenguaje de una intercesión. Equivale a decir: "Estoy dispuesto a esperar una y otra vez que dé fruto".

Notémoslo bien, aquí se ponen en contraposición la justicia retributiva humana y la justicia de Dios, que no sólo contiene en sí la misericordia, sino que **siempre es misericordia**, paciencia, espera.

El agricultor confía en que en el camino las cosas mejorarán, **sabe esperar los tiempos de los demás**.

Este viñador es Jesús. El Hijo de Dios vino a la viña, se hizo viñador entre los otros viñadores, amó verdaderamente la viña y la cuidó, intercediendo por ella en cada situación, colocándose entre la viña-Israel y el Dios vivo. Y todavía dio un paso más: se comprometió con el cuidado de la viña, lo cual aumentó su trabajo y su esfuerzo por amor a la viña, lo llevó a hacer todo lo posible para que diera fruto y vida.

Se podría decir que la viña-Israel y la viña-Iglesia, a veces golpeadas por la esterilidad, se conservan aun en los tiempos en que no dan los frutos esperados por Dios, porque Jesús el Mesías es el viñador que está en medio de ellos (Juan 15, 1-8), él es su esposo (Lucas 5, 34-35) que sabe esperar con esa expectativa que es la "paciencia de Cristo" (2 Tesalonicenses 3,5).



Juan el Bautista había predicado: «Ya toca el hacha la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será talado y echado al fuego» (Lucas 3, 9). Esto sucederá al final de los tiempos, en el día del juicio. Pero por ahora, mientras tanto, Jesús continúa diciéndole a Dios: “Ten paciencia, ten piedad, espera un poquito más para arrancar la higuera. Voy a trabajar duro y haré todo lo que esté a mi alcance para que dé sus frutos”.

Pero hay que tener cuidado: ese entretanto termina para cada uno de nosotros con la muerte. **Hay que tomarse con seriedad y responsabilidad la vida**, el tiempo que tenemos es el lugar en el que se juega nuestro futuro, nuestra salvación.

4. ¿Qué lección nos queda?

Estamos ante una nueva imagen de Dios.

En la parábola de la higuera estéril, quien representa a Dios no es el patrón exigente, que con razón solicita los frutos, sino el viñador paciente y esperanzado: “Quiero trabajar un año más alrededor de esta higuera y tal vez dé fruto”.

Es también una imagen del hombre: **¡Eres bueno, darás fruto!** ¡Vales mucho! ¡Vales todas las inversiones de Dios por ti! Dios me mira con otros ojos.

Pues sí, **Dios cree en mí incluso antes de que diga que sí**. Me da un anticipo de confianza, que me reconforta y me insta a ser serio y comprometido.

Y esto me lleva a tener también esa misma mirada confiada de Dios hacia los demás, hacia los hijos, por ejemplo, a los que a veces no comprendemos, aquellos que aún no han dado fruto y consideramos rebeldes.

Porque el árbol de los hijos es bueno, la semilla que se siembra es buena, y luego brotará, aun en medio de las crisis. La confianza de los padres es como una vela para sus hijos, los empuja hacia adelante en el mar de la vida.

La confianza es profética, logra lo que espera. Incluso Jesús tuvo la fuerza de no querer ver los resultados inmediatos, sólo los esperaba.

Contemplemos en este Domingo esta preciosa imagen de Dios y junto con Dios miremos a las personas.

Dios, como un viñador, cuida de esta viña, de este campo sembrado, de este jardincito que soy. Lo hace como nadie, **él me trabaja**, me poda, siento en mí sus manos todos los días.

Y el repite: "Tal vez, el año que viene dé sus frutos".

En esto tal vez esté el milagro de la misericordia divina: basta una pequeña casualidad, una mecha humeante para que Dios espere y tenga esperanza.

Dios parece contentarse con un “tal vez”, se aferra a un frágil “quizás”. Como el que dice el viñador al final de la parábola.

Para él, el posible buen mañana cuenta más que la esterilidad de ayer.

Convertirse es creer en este Dios campesino, símbolo de esperanza y compromiso, que no se cansa de este pedazo de tierra de mi corazón.

La salvación es dar fruto, no sólo para uno mismo sino para los demás. Como la higuera que para ser auténtica debe dar fruto, para el hambre y la alegría de los demás. Para estar bien, hay que dar. Es la ley de la vida.

Y no lo olvides: **para Dios el fruto posible de mañana cuenta más que mi esterilidad de hoy.**



CANTO

MIS PECADOS SON TU CRUZ

Te miro con gesto de dolor
creo que me puedo ver, en tu rostro, Señor.
Cristo estoy aquí, dándome cuenta de lo mucho que fallé
y que mis pecados son:

**LOS QUE TE IMPONEN ESA CRUZ,
Y TUS MANOS CLAVÉ, CUANDO TE NEGUÉ.
SÉ QUE MI ODIO ES TU DOLOR,
MAS AÚN ASÍ, ME DAS EL PERDÓN.**

Tu corazón tiene un lugar que has hecho para mí,
y me lo quieres dar, y me hace pensar,
que si merezco yo, recibir, Señor, la salvación así.

**PUES MIS PECADOS SON TU CRUZ,
Y TUS MANOS CLAVÉ, CUANDO TE NEGUÉ.
SÉ QUE MI ODIO ES TU DOLOR,
MÁS AÚN ASÍ, ME DAS EL PERDÓN.**



MEDITACIÓN

¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque han padecido todo esto?

En algunas ocasiones podemos pensar que somos mejores que los demás, porque cumplimos las normas, porque vivimos determinadas prácticas religiosas, porque no hacemos daño a los demás. ¿Cómo afronto estas situaciones?

Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo.

¿Cuáles son las llamadas a la conversión que estoy recibiendo en este momento de mi vida? En nuestra vida hay dimensiones que no han sido tocadas por el Evangelio ¿De qué me he de convertir? ¿Qué me está pidiendo Dios aquí y ahora?

Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

Muchas veces acallamos nuestra conciencia pensando que nuestra tarea es sembrar y no ver los frutos, pero el Evangelio nos invita a encontrarlos. La salvación es dar frutos. ¿Cuáles son esos frutos que tengo que dar en mi vida personal, en mi equipo de vida, en la parroquia, en el ambiente en el que me desenvuelvo?

Córtala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?

¿Tengo paciencia con el proceso que Dios está realizando en mí o me desespero con facilidad? ¿Tengo paciencia con los procesos personales de los demás o, rápidamente, los dejamos como “cosa perdida”?

Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante.

¿Qué experiencia tengo de que es Dios el que me cuida, que confía en mí? ¿Cómo descubro su acción en mi vida? ¿Qué medios estoy poniendo para seguir creciendo y madurando en la fe y dar los frutos que pide la conversión? ¿Qué cosas tengo que quitar, cavando alrededor y qué estiércol, es decir, qué alimento he de procurar? ¿Cómo estoy ayudando a los demás a que tengan una experiencia de encuentro con Jesucristo y así puedan convertirse a Él?

¡DÉJATE RENOVAR EN LA ESPERANZA!



ORACIÓN

En este momento, tras haber escuchado la Palabra de Dios, habla tú ahora a Él con confianza como un hijo o una hija con su padre y su madre. Reconoce su presencia en tu vida, dale gracias, cuéntale eso que te carga, pídele la ayuda y la luz necesaria. Pídele que renueve tu esperanza.

Después de unos momentos personales podéis compartir la oración, pidiendo o dando gracias a Dios.



COMPROMISO

¿Qué compromisos concretos puedo sacar de esta oración para llevarlos a la vida?



ORACIÓN FINAL

Terminamos rezando todos juntos la **Oración del Jubileo**:

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.